

PRIMERA LECTURA (Hechos 2,42-47)

En los primeros días de la Iglesia, todos los hermanos acudían asiduamente a escuchar las enseñanzas de los apóstoles, vivían en comunión fraterna y se congregaban para orar en común y celebrar la fracción del pan. Toda la gente estaba llena de asombro y de temor, al ver los milagros y prodigios que los apóstoles hacían en Jerusalén. Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común. Los que eran dueños de bienes o propiedades los vendían, y el producto era distribuido entre todos, según las necesidades de cada uno. Diariamente se reunían en el templo, y en las casas partían el pan y comían juntos, con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y toda la gente los estimaba. Y el Señor aumentaba cada día el número de los que habían de salvarse.

SALMO RESPONSORIAL (117)

R./ La misericordia del Señor es eterna. Aleluya.

Diga la casa de Israel:

“Su misericordia es eterna”

Diga la casa de Aarón:

“Su misericordia es eterna”.

Digan los que temen al Señor:

“Su misericordia es eterna”. **[R]**

Querían a empujones derribarme,
pero Dios me ayudó.

El Señor es mi fuerza y mi alegría,
en el Señor está mi salvación. **[R]**

La piedra que desecharon los constructores, es ahora la piedra angular.

Esto es la obra de la mano del Señor,
es un milagro patente.

Este es el día del triunfo del Señor,
día de júbilo y de gozo. **[R]**

SEGUNDA LECTURA □ (1a de Pedro 1, 3-9)

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, por su gran misericordia, porque al resucitar a Jesucristo de entre los muertos, nos concedió renacer a la esperanza de una vida nueva, que no puede corromperse ni mancharse y que Él nos tiene reservada como herencia en el cielo. Porque ustedes tienen fe en Dios, Él los protege con su poder, para que alcancen la salvación que les tiene preparada y que Él revelará al final de los tiempos. Por esta razón, alégrese, aún cuando ahora tengan que sufrir un poco por adversidades de todas las clases, a fin de que su fe, sometida a la prueba, sea hallada digna de alabanza, gloria y honor, el día de la manifestación de Cristo. Porque la fe de ustedes es más preciosa que el oro, y el oro se acrisola por el fuego. A Cristo Jesús ustedes no lo han visto y, sin embargo, lo aman; al creer en Él ahora, sin verlo, se llenan de una alegría radiante e indescriptible, seguros de alcanzar la salvación de sus almas, que es la meta de la fe.

Aclamación antes del Evangelio

R/. Aleluya, aleluya.

Tomás, tú crees porque me has visto.

Dichosos los que creen sin haberme visto, dice el Señor.

R/. Aleluya, aleluya.

Evangelio según San Juan 20,19-31

